

ROMANCES (y IV)

Daniel Serrano Várez

En una oscura noche,
acostado en el frío suelo,
en medio de la barraca
hay un crío muerto.
A su lado llora el padre,
la madre está gimiendo,
y en la barraca
sólo se escucha el silencio.
Entran las vecinas
con mucho respeto
y depositan, entre lloros,
sobre el cadáver un beso.
Hermosas alábegas
cubren su tiernecico cuerpo;
amarillas siemprevivas
tiene en su cabello.
Blanca y con muchos lazos
la mortaja le pusieron;
los brazos cruzados
le colocan sobre el pecho.
Cuando entre las flores

en la caja lo metieron
y empezaron a andar
la madre cayó al suelo.
No llores madre,
decía el padre con esfuerzo,
que nuestro hijo es un ángel
y por eso estará en el cielo.
Le echaron agua bendita;
su madre le dio besos,
y rodeado de mucha gente
lo llevaban al cementerio.
Cuatro críos pequeños
llevan el féretro
y aunque van al cementerio
van alegres y riendo.
Al llegar al cementerio
los críos tienen miedo,
y con los ojos espantados
miran al sepulturero.
Junto a la fosa, el ataúd
depositan con respeto,

y se echan hacia atrás
 con los ojos muy abiertos,
 mirando como en una zanja
 deposita el sepulturero
 el ataúd de aquel crío,
 que los cuatro críos condujeron.
 Y al ver que con tierra
 el ataúd queda cubierto,
 sin darse cuenta los cuatro,
 se pusieron a mirar al cielo.
 Un hombre rezó un credo
 y dijo el sepulturero:
 Así es la vida, ya se sabe,
 angelicos al cielo.
 Al otro día, en la barraca,
 sólo había pena y silencio,
 los pájaros no cantaban
 en las ramas del limonero,
 ni las hojas de los árboles
 se movían con el viento.
 Dentro lloraba la madre
 con grande desconsuelo,
 junto a la cuna vacía,
 teniendo a sus pies un perro.
 Cuando levantaba la cabeza,
 miraba el azul inmenso,
 y allí veía a su hijo
 con los angelicos del cielo.

* * *

Eloísa, joven y hermosa,
 de sus padres estimada.
 Era hija única
 y fue muy desgraciada.
 Dieciocho años tenía,
 cuando en amores entró,
 con un joven alto y rubio,
 que su palabra le dio.
 El joven, alto y rubio,
 al servicio tuvo que ir
 y la pobre Eloísa
 lo esperaba hasta morir.
 Su padre trabajaba
 en el muelle de Alicante.

Eloísa le lleva la comida
 y se le enamora un comerciante.
 El comerciante le dice
 al padre de la muchacha:
 Ésa es tu hija Joaquín
 y veo que es muy guapa.
 De buena gana Joaquín
 con tu hija me casaría.
 Si me caso con tu hija,
 de dinero gozarías.
 Si te casas con mi hija
 dime lo que me has de dar.
 Si me das palabra cierta
 pronto te lo voy a explicar:
 Doscientos duros al mes
 y serás mi encargado;
 si me caso con tu hija
 vas a ser afortunado.
 Llega el padre a la casa.
 Eloísa, hija adorada,
 has tenido mucha suerte,
 vas a ser afortunada.
 Con ese novio que tienes
 serás una pobrecita,
 con un rico comerciante
 serás una señorita.
 Viene la madre furiosa.
 ¡ Qué quieres hacer malvado ¡
 ¿ Quieres casar a tu hija
 con un hombre no amado ¿
 Yo te juro Eloísa
 que con él te has de casar,
 si no a ti y a tu madre,
 a las dos, os voy a matar.
 Eloísa escribe una carta
 dirigida a Santander.
 La carta, triste y llorosa,
 pronto la vais a leer:
 Pencho Gómez
 con mucho deseo te escribo;
 te pido, por favor,
 que te pongas en camino.
 A casarme en breve
 mi padre me ha obligado;
 por no morir, mi madre y yo,

me he conformado.
 Por fin ha llegado el día
 en que Eloísa se casó.
 Al ir a montar al tren,
 con su novio se encontró.
 Su novio le hizo una seña.
 Ven acá, Eloísa mía.
 Yo te pido por amor
 que te acerques a la vía.
 Eloísa fue acercándose,
 acercándose a la vía,
 y allí murieron los dos,
 Pencho y su Eloísa.

* * *

En un pueblo de Murcia
 contaré lo que sucedió.
 Habitaba un matrimonio:
 Como Dios manda eran los dos.
 Al poco tiempo de casados
 el marido ya empezó
 a poner el amor en otra
 y a su mujer olvidó.
 Días y días pasaban
 y a su mujer mala vida le daba.
 Era por causa de la otra
 que mucho más la amaba.
 La mujer ha caído enferma,
 una enfermedad muy mala;
 para darle el alimento,
 el marido, a la querida llamaba.
 Mezclado con el alimento
 vidrios picados le daba.
 Ya se ha muerto la mujer,
 todo el pueblo lo aclamaba,
 que la había matado el marido
 por otra mujer mala.
 Para casarme contigo
 has de hacer lo que te diga:
 tienes que matar a tus hijos
 y así viviré tranquila.
 Tus hijos ya son mayores,
 como puedes comprender,
 y pueden tomar venganza

en nombre de la otra mujer.
 La muerte de aquellos niños
 aquella noche acordaron.
 En un corral que había,
 allí fueron a matarlos.
 Al niño de siete meses
 la querida lo cogió,
 dándole contra una piedra
 allí mismo lo estrelló.
 El hijo mayor lloraba,
 lloraba a lágrima viva.
 ¿Por qué matáis a mi hermano?,
 a su padre le decía.
 ¡Ay, si mi madre viviera
 y levantara los ojos,
 y viera el crimen tan grande
 que estáis haciendo con nosotros ¡
 Al oír estas palabras
 al otro hijo mató.
 Pensaban que estaban solos,
 pero un pastor los vio.
 El pastor salió corriendo
 y a la capital se fue,
 y todo lo que había visto
 se lo contó al señor juez.
 Primero llaman al padre
 y el padre declaró,
 que él no sabía nada,
 pero el color se le mudó.
 Lllaman a la querida
 y la verdad declaró:
 Que había sido el padre,
 el que a sus hijos mató.
 El juez sentenció:
 Por asesinos,
 el veinticinco de agosto,
 vuestra vida acabará.
 ¡Padres que tenéis hijos,
 no volveros a casar ¡

* * *

Gloriosa Virgen del Carmen
 dame luz para explicar
 este grandioso milagro.

¡Señores, voy a empezar ¡
En la provincia de Huelva
vivía un labrador;
muchas y grandes riquezas
tenía este señor.
Seis años que no lloviera
pedía este labrador,
para vender todo su trigo
y darle mucho valor.
Limosna nunca daba
este gran señor.
A todos decía:
Perdone por Dios.
La Virgen se viste de pobre
y a su puerta se acercó,
a pedir una limosna
y pregunta por el señor.
Sale un criado.
Ha dicho mi amo
que limosna no puede dar.
Pero yo, de mi pobre salario,
la puedo remediar.

Con tantas riquezas
como tiene tu mísero señor
y a los pobres no remedia,
castigo le daré yo.
Tú tendrás el premio
que yo te daré.
Soy la Virgen del Carmen,
la que tienes en la pared.
A esta palabra
se pone gran oscuridad
con rayos y centellas
y todo se puso a temblar.
Todas las haciendas del labrador
arden por el fuego y nada quedó.
Cayó un rayo en su casa,
entró por el balcón,
quemó todo lo que había,
y su dueño pobre quedó.
La Virgen del Carmen
al criado, por su generosidad,
le multiplicó sus bienes
y le dio salud y paz.